



Este artículo se encuentra disponible en acceso abierto bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International License.

This article is available in open access under the Creative Commons Attribution 4.0 International License.

Cet article est disponible en libre accès sous licence Creative Commons Attribution 4.0 International Licence.

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Rectorado de la Universidad Ricardo Palma
Vol. 7, n.º 14, julio-diciembre, 2024, 41-82
ISSN: 2663-9254 (En línea)
DOI: 10.59885/archivoVallejo.2024.v7n14.02

El enigma de la literatura: inteligencia artificial, conciencia crítica e innovación

The enigma of literature: artificial intelligence,
critical conscience and innovation

L'énigme de la littérature: intelligence
artificielle, conscience critique et innovation

MIGUEL ÁNGEL HUAMÁN VILLAVICENCIO
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
(Lima, Perú)
mhuamanv@unmsm.edu.pe
<https://orcid.org/0000-0002-6933-3247>



RESUMEN

Este trabajo explora el papel que la literatura y el arte han desempeñado en la evolución humana, donde se destaca su permanencia y su impacto a través del tiempo. Desde los orígenes del lenguaje hasta su actual transformación digital, la capacidad humana sigue siendo un baluarte frente a las tendencias homogeneizadoras impulsadas por la inteligencia artificial. Por este motivo, es importante advertir el riesgo de reducir el lenguaje a un simple vehículo de información,

lo que podría amenazar la libertad y la creación, esenciales para una conciencia crítica. A través de un análisis que evoca a pensadores como Éric Sadin y Karl Marx, se aborda la tensión entre el avance tecnológico y la preservación de valores humanistas. De ese modo, se trata de un llamado a resistir la imposición de un control autoritario, que al mismo tiempo aboga por la reivindicación de la pluralidad creativa, el azar y la afectividad, como motores de nuevas formas de existencia.

Palabras clave: literatura; inteligencia artificial; conciencia crítica; innovación; humanismo.

Términos de indización: literatura; cambio tecnológico; inteligencia artificial (Fuente: Tesoro de la Unesco).

ABSTRACT

This paper explores literature and art's role in human evolution, highlighting their permanence and impact through time. From the origins of language to its current digital transformation, human capacity remains a bulwark against the homogenising tendencies driven by artificial intelligence. It is therefore important to warn against the risk of reducing language to a mere vehicle of information, which could threaten freedom and creation, essential for a critical conscience. The tension between technological progress and the preservation of humanist values is addressed through an analysis that evokes thinkers such as Éric Sadin and Karl Marx. In this way, it is a call to resist the imposition of authoritarian control, which simultaneously advocates the vindication of creative plurality, chance, and affectivity, as motors of new forms of existence.

Key words: literature; artificial intelligence; critical consciousness; innovation; humanism.

Indexing terms: literature; technological change; artificial intelligence (Source: Unesco Thesaurus).

RÉSUMÉ

Cet article explore le rôle que la littérature et l'art ont joué dans l'évolution de l'humanité, en soulignant leur permanence et leur impact à travers le temps. Des origines du langage à sa transformation numérique actuelle, la capacité humaine reste un rempart contre les tendances à l'homogénéisation induites par l'intelligence artificielle. Il est donc important de mettre en garde contre le risque de réduire le langage à un simple vecteur d'information, ce qui pourrait menacer la liberté et la création, indispensables à une conscience critique. À travers une analyse qui évoque des penseurs comme Éric Sadin ou Karl Marx, c'est la tension entre le progrès technologique et la préservation des valeurs humanistes qui est abordée. Il s'agit ainsi d'un appel à résister à l'imposition d'un contrôle autoritaire, qui prône en même temps la revendication de la pluralité créative, du hasard et de l'affectivité, en tant que moteurs de nouvelles formes d'existence.

Mots-clés: littérature; intelligence artificielle; conscience critique; innovation; humanisme.

Termes d'indexation: littérature; changement technologique; intelligence artificielle (Source: Thésaurus de l'Unesco).

Recibido: 31/12/2023

Revisado: 29/01/2024

Aceptado: 28/02/2024

Publicado en línea: 29/10/2024

Financiamiento: Autofinanciado.

Conflicto de interés: El autor declara no tener conflicto de interés.

La trascendencia e importancia del arte y la literatura para la evolución de la humanidad queda verificada en su persistencia a lo largo del tiempo, presente desde los inicios de todas las lenguas y culturas del planeta. El lenguaje simbólico del *homo sapiens*, como forma singular de cognición, cuyo origen aún desconocemos, nos ha permitido convertirnos en la especie dominante. A diferencia de los sistemas de transmisión de información presentes en la diversidad biológica

terrestre, las palabras han transformado a los seres humanos en dioses capaces de crear mundos imaginados. En esta capacidad de concebir modos de existencia sin límites radica nuestra supremacía frente a la naturaleza que impone la adaptación a la plural, heterogénea y ciega, carente de conciencia.

Paradójicamente, el producto del propio saber humano conlleva el riesgo potencial de emplearse en contra de sí mismo. Reducir el uso del lenguaje a un instrumento que brinda información sobre el entorno y los fenómenos naturales inducen, por sus sorprendentes resultados, a olvidar y obviar la libertad esencial con la que nos dota. El uso artístico y literario del lenguaje promueve una conciencia crítica libre y el respeto hacia la creatividad inherente a la vida. Este advierte del peligro de sustituir la innovación, propulsora de nuevos horizontes, por la reducción de la actividad vital, a cálculos autónomos, incapaces de reconocer límites y valoraciones intersubjetivas. En tal sentido, resulta indispensable, frente a la reivindicación dogmática de la racionalidad y la experiencia, recuperar el valor de lo imprevisible, el azar y la afectividad que, encarnadas en el uso estético, fabulador y disidente del lenguaje, apuesta siempre por nuevas y mejores formas de existencia y vida universal. A continuación, se realiza una breve y sintética revisión del espíritu humano, su libre albedrío y la voluntad fabuladora del arte y la literatura, que aparecen como una esperanza ante el futuro.

1. CONTRA UN ANTIHUMANISMO RADICAL

Muchos pensadores de distintas nacionalidades, especialidades y lenguas critican el curso que está siguiendo el actual régimen social y cultural en este siglo XXI durante su etapa de globalización. Si se cree que el mundo está gobernado por los Estados de las grandes potencias, sus sistemas democráticos y dirigentes políticos, se está aceptando una abstracción engañosa. En realidad, los países desarrollados poseen unas estructuras internas complejas, porque las opciones y decisiones de los responsables políticos están profundamente influidas por la acumulación interna de poder, mientras que la población en

general a menudo queda marginada. Este fenómeno sucede incluso en las sociedades democráticas más avanzadas. Sin embargo, para obtener una imagen realista de quiénes gobiernan el mundo es esencial considerar a los verdaderos «amos de la humanidad».

En los albores del capitalismo, a finales del siglo XVIII, los comerciantes, fabricantes y navieros, que se reunían en la cafetería Lloyd's de Londres, constituían la emergente clase social destinada a reemplazar a reyes y nobles e iniciar la época moderna actual. Hoy, esta clase está representada por los conglomerados de empresas multinacionales, las grandes instituciones financieras, los imperios comerciales, todos ellos propiedad de las familias y linajes multimillonarias que integran directorios, consorcios, asociaciones y clubes exclusivos. En las reuniones anuales de estas élites, como el Bilderberg —cuyo nombre procede del hotel en el que tuvo lugar en 1954 la primera reunión, en los Países Bajos—, un reducido grupo de integrantes, no superior a un centenar, conversan sobre el futuro del mundo en complejos de lujo ubicados en Europa, Norteamérica y Asia, donde la prensa no tiene ningún tipo de acceso.

Esta casta privilegiada controla todos los recursos naturales de la Tierra, decide el destino de millones y administra el capital y las tecnologías del planeta. Viven en fastuosas ciudades capitales del hemisferio norte, se comunican en inglés y otras lenguas modernas, recorren el mundo a su antojo por aire, mar y tierra en sofisticados y lujosos artefactos e incluso alucinan viajar a Marte y a otros planetas. Solo con lo que gastan en sus animales domésticos podrían erradicar el hambre en la población infantil de todo el mundo, si así lo quisieran. Sin embargo, no son anacoretas ni monjes solitarios, ya que para manejar el mundo necesitan de una casta mayor de lacayos anuentes, reclutados a lo largo de los años entre la intelectualidad científica y académica. Estos optan por renunciar a sus valores éticos adquiridos durante su formación, para someterse al culto del dinero y la ganancia. Terminan desempeñando roles políticos que realizan el trabajo sucio con la vana esperanza de su inclusión en la exclusiva cúpula de poder.

Un ejemplo de esto es la *Agenda 2030 y los Objetivos de Desarrollo Sostenibles* propuesta por la Naciones Unidas que, con la excusa de proteger a la naturaleza, busca imponer un proyecto de ingeniería social con el fin de hacer que la población mundial dependa de una serie de conglomerados proalimentarios, fusionados con la industria química. Estas transnacionales seguirán explotando recursos en forma indiscriminada, mientras se sataniza a los agricultores y las comunidades campesinas, quienes han sido los verdaderos protectores de los ecosistemas. Estas cúpulas tecnocráticas se aferran a las élites porque saben que, en el escenario internacional, miles están dispuestos para reemplazarlos. Por ese motivo, viven cómodamente a espaldas de millones de seres humanos que tratan de escapar de la pobreza.

Su ausencia de interés e indolencia frente a los demás seres humanos llevó a Noam Chomsky (2023) a afirmar que su doctrina se sintetiza en la frase «Todo para nosotros y nada para los demás». En el orden mundial contemporáneo, las instituciones de los amos detentan un enorme poder, no solo en el ámbito internacional, sino también dentro de sus propios Estados, de los que dependen para conservar el sistema y obtener apoyo económico a través de una gran variedad de medios. Estos acuerdos, presentados como «acuerdos de libre comercio» en la propaganda y en las crónicas, se negocian en secreto por cientos de abogados corporativos y grupos de presión que redactan los detalles cruciales. La intención es aprobarlos de manera impositiva y autoritaria, por lo que recurren a procedimientos de vía rápida diseñados para bloquear cualquier debate y permitir únicamente la opción de aceptar o rechazar (en la práctica, aceptar). Los autores de las propuestas suelen siempre triunfar, como es de esperar. Cualquier parecido con el panorama actual peruano es pura coincidencia.

Los programas neoliberales de la generación anterior han concentrado la riqueza y el poder en manos cada vez más reducidas, que han minado la democracia efectiva. La ciudadanía queda en segundo plano, con las consecuencias que cabe prever. En las últimas tres décadas, la ideología defensora de la globalización del capitalismo dominante les ha facilitado concentrar la riqueza y el poder, al debilitar la democracia trasladando la toma de decisiones a una tecnoburocracia.

Freud (1929) sostiene que el hombre, con su «cruel agresividad», es una «bestia salvaje que ni siquiera respeta a los miembros de su propia especie». Asimismo, el economista francés Bernard Maris plantea la siguiente tesis: «La gran astucia del capitalismo consiste en canalizar las fuerzas destructivas y la pulsión de muerte y reconducirlas hacia el crecimiento» (2022). La agresividad específicamente humana, es decir, la violencia, guarda una estrecha relación con la conciencia de la muerte, que es exclusiva de nuestra especie. La economía de la violencia se rige por una lógica de la acumulación, del consumo compulsivo, del enriquecimiento acelerado. Cuanta más violencia se ejerce, tanto más poderoso se siente uno. La acumulación de dinero otorga una falsa libertad para eliminar, para matar, que genera una ilusión de crecimiento, fuerza, poder, invulnerabilidad e incluso inmortalidad.

El pensador de origen francés, Éric Sadin (2018), califica a esta casta, que impulsa un absolutismo secular apoyada recientemente por la inteligencia artificial, como un «Anti-Humanismo Radical en curso» [*sic*]. Dicho «antihumanismo» presenta como verdad lo que es una interpretación en consonancia con sus intereses egoístas y mezquinos. Su entusiasmo por la tecnología digital y las neuronas cibernéticas obedece al afán de acallar todo diálogo, debate y acuerdo entre las personas, lo que impide la construcción de consensos, y el compromiso deontológico con derechos aprobados y establecidos, que deben de respetarse. En su lugar, buscan imponer un curso autoritario y represivo a una humanidad futura, controlada y esclavizada. En otras palabras, estamos en un barco esférico que atraviesa el mar del tiempo, pero, como los galeones de siglos pasados, la gran mayoría estamos encadenados al trabajo explotador. Seguimos vivos siempre y cuando no pongamos en riesgo la supervivencia del capitán y el alto mando, quienes no tendrán ningún remordimiento en arrojarnos al océano cósmico para salvar su negocio. Este es el antihumanismo radical se impone subrepticamente a nivel internacional. Frente a este proyecto autoritario, todas las naciones debemos unirnos para rechazar su vocación antidemocrática. Debemos de manifestarnos en contra de este maquiavélico plan cuyo desarrollo, los humanistas, hombres y mujeres libres, tenemos que alertar, enfrentar y vencer.

2. LA REPRESALIA DEL TEXTO

Kenneth Goldsmith (2011) ofrece una interpretación que se inscribe dentro del marco de la cultura del espectáculo, al sostener que «[e]l mundo está lleno de textos», considerados como «objetos más o menos interesantes». Goldsmith plantea la necesidad de aprender a gestionar la vasta cantidad de material existente. En el ámbito literario, esta reflexión se centra en la hegemonía del prototipo del genio «no-original»: un fenómeno que ha sido impulsado por la revolución informática y digital, la cual ha dado lugar a una explosión de textos en formatos variados, todos ellos considerados, en un sentido amplio, como artísticos o literarios. Este cambio supone reemplazar la imagen romántica del artista, previamente concebido como una figura excéntrica, por la del creador que se presenta como un programador fascinado por internet y las tecnologías digitales. Este giro, en lugar de promover la verdadera creatividad o innovación, solo fortalece el culto a la novedad por el simple hecho de ser nueva.

La denominada literatura «no creativa», propuesta por Goldsmith, ha sido sobrevalorada positivamente dentro del ámbito de la escritura electrónica. Sin embargo, es fundamental recordar que la escritura es una técnica del lenguaje que permite a los seres humanos generar y preservar, a partir de un repertorio limitado de signos, una cantidad infinita de contenidos e ideas (Huamán, 2024). Estos significados se articulan de manera dinámica y diferencial, en función de su relación con los contextos socioculturales, los cuales están en constante transformación. Lo verdaderamente asombroso no es la técnica de la escritura en sí misma, que actúa solo como un medio de conservación, sino la imaginación humana, capaz de producir ideas a través del lenguaje, lo que confiere al ser humano una capacidad creativa casi divina. El paso de las inscripciones en piedra u otros soportes tangibles a los registros gráficos o virtuales no debe llevar a la humanidad a perder de vista que la auténtica esencia de la creatividad reside en la condición simbólica del lenguaje, no en la técnica que permite su conservación.

La recopilación, la organización y sistematización de contenidos o significados con el fin de recuperarlos, actualizarlos o aplicarlos no

genera ni crea información nueva, sino simplemente la repite. Como señala Boris Groys (2003), en el ámbito artístico y literario, es fundamental distinguir entre novedad e innovación. La novedad implica la aparición de algo diferente, pero no necesariamente creativo, mientras que la innovación solo se produce cuando se crean nuevos contenidos críticos y disidentes mediante el uso creativo de la imaginación. Es a través de las combinaciones potenciales que surgen verdaderas innovaciones, las cuáles se distinguen claramente de las simples variaciones de contenidos preexistentes.

La búsqueda de lo novedoso ha desempeñado un papel central en la escritura como práctica, especialmente, en la gestión de información dentro de las diversas tradiciones literarias. A lo largo de los siglos, esta capacidad de diseminación ha sido promovida por destacados cultores como señala Goldsmith, aunque desde una perspectiva de ética de crisis y estancamiento donde erróneamente sostiene que «la construcción o concepción de un texto se muestra tan importante como lo que este dice» (2011). Este enfoque no es más que un preludio ingenioso e intuitivo a un cambio de paradigma creativo, pero sin mayor trascendencia. Simultáneamente, obras como *Cien mil millones de poemas* (1961) de Raymond de Queneau, que exploran la práctica de reunir fragmentos de textos ajenos para crear una obra nueva, ejemplifican una tendencia que ya existía desde el siglo pasado. Sin embargo, en la actualidad, dicha práctica parece haber dado paso a la legitimación del plagio, en consonancia con la erosión del horizonte ético frente a la primacía de una cultura centrada en el dinero y el beneficio personal. Este ambiente ha fomentado una mentalidad en la que los jóvenes escritores adoptan la copia y el engaño como modelos creativos, lo cual refleja la decadencia ética de una cultura egocéntrica.

El término anglicado *patchwriting* —pronunciado «patchraitin»— es erróneamente elevado a la categoría de virtud por Goldsmith, quien revaloriza de manera falaz las supuestas virtudes de la literatura «no creativa». Dicho autor sostiene que «la escritura transmite emoción de modo oblicuo e impredecible, con sentimientos expresados más como resultado del proceso de escritura que por las intenciones del autor» (2011, p. 26). Esta afirmación implica una reducción simbólica del

lenguaje humano, que es fundamental a la escritura creativa, a un mero sistema de transmisión de información existente sobre el entorno. Además, considera el uso estético-literario de dicha información como un resultado o significado aleatorio producto de combinaciones fortuitas, desconectado de la imaginación del autor y su intención consciente de generar efectos estéticos o revelaciones sensibles. Es importante no confundir el uso lúdico e informativo de las palabras, que puede llamar la atención con el lenguaje literario auténticamente creativo. Este último no solo comunica con plena conciencia y conocimiento de las tradiciones culturales y artísticas, sino que también ilumina dimensiones inexploradas de la experiencia humana. El lenguaje literario, a diferencia de una simple combinación azarosa, busca generar significados implícitos, críticos y disidentes, al ofrecer una experiencia estética y fenomenológica innovadora y enriquecedora.

Los cultores de esta escritura profana, que promueven una expansión de la noción de literatura, argumentan que la escritura estética enfrenta un desafío similar al que la pintura vivió con la aparición de la fotografía o el teatro frente al cine y la televisión, al competir con tecnologías más eficaces para replicar la realidad. De esta forma, la computadora, internet y la inteligencia artificial —con herramientas como ChatGPT— han logrado poner al ser humano al servicio del algoritmo. Esta «venganza del texto» (Goldsmith, 2011) parece una mentalidad mediocre, ingeniosa y ansiosa de fama, un modo de supuestamente desplazar la creatividad innovadora, el talento, el genio y la conciencia crítica, y convertir a cualquiera en artista, escritor o poeta. No obstante, tal ilusión de accesibilidad no es más que una subordinación al ritmo de la mensajería instantánea digital y virtual que, en lugar de fomentar una verdadera expresión creativa, limita al individuo a un papel de obediente transmisor de contenidos reformateados.

Para ilustrar el punto, se puede considerar el caso de ChatGPT, que ha llevado a muchos usuarios de internet a solicitar la creación de poemas siguiendo ciertos parámetros o instrucciones. Un ejemplo es el «Poema a la caca», generado por dicho programa a petición de Tomás Costanzo (2023) para los niños de su barrio que dice: «En el

rincón oculto del jardín, / donde la naturaleza se entrelaza, / un secreto sutil y sin fin, / reposa con discreción la caca. / Humilde tesoro de la vida, / resultado de la digestión, / un recordatorio sin medida, / de nuestra humana condición (...)» (2023). El poema muestra un texto ingenioso, interesante por la originalidad de su temática; sin embargo, dentro del contexto de la tradición poética se revela una concepción obsoleta que se basa en la fonología, la rima consonante y significados semánticos convencionales. Aunque novedoso en su contenido, el poema se adscribe a técnicas poéticas pasadas de moda que no aportan innovaciones significativas en términos de forma o de profundidad temática.

En contraste, el poema de Robert Creeley (1926-2005), un poeta estadounidense vinculado al movimiento de Black Mountain, introduce una estética del verso que es divergente e innovadora. Como se aprecia en este breve poema titulado «Lugar»: «Tu rostro // en la mente, lento amor, / lento crecer, lento / para aprender lo suficiente./ Paciencia para aprender / a estar aquí, a saborear / lo que sea que haya / ahí fuera, aquí / sin ti, aquí / solo» (2006, p. 160). A diferencia del poema anterior que, a pesar de su temática novedosa sobre el excremento, revela una poética tradicional y repetitiva, este poema presenta un desafío significativo. En lugar de seguir un enfoque convencional, el poema titulado «Lugar» invita a explorar una innovación semántica profunda que constituye el núcleo estético de su obra. La clave para comprender esta innovación radica en desentrañar cómo Creeley formaliza su temática. La pregunta crucial que surge es ¿qué amor es lento? En una era caracterizada por la rapidez de la informática y la tecnología electrónica, el concepto de amor suele asociarse con encuentros apresurados, conflictos y resoluciones inmediatas, atracción y diferenciación, así como oportunidades y conquistas. En este contexto, el erotismo cede ante la sexualidad, el matrimonio da paso al divorcio y el individualismo prevalece sobre el vínculo familiar.

El discurso performativo del poema, reforzado por su estructura formal y su brevedad, lleva al lector hacia una lectura que presenta una imagen innovadora del amor materno-filial. Este poema recupera el

valor simbólico hacia la madre al destacar su papel formativo esencial. Es un homenaje a la madre que sintetiza una serie de impresiones desde la experiencia íntima del regazo materno hasta la pérdida inevitable de la progenitora, como si se tratara de una cámara lenta que captura cada momento con tomas precisas y mínimas. La composición sitúa al lector ante la fuerza de un amor que es lento precisamente porque acompaña a lo largo de los años, e incluso más allá de la ausencia física.

Esta perspectiva destaca la dimensión y capacidad creadora del uso literario del lenguaje, algo que solo se puede lograr a través de una técnica poética consistente, sostenida por la libertad y la crítica. La reciente práctica de los jóvenes escritores de «copiar y pegar», fomentada por la tecnología digital y multimedia, amenaza la profundidad de la experiencia humana y sus sentidos (como recuerdos, percepciones y encuentros) al reducir el lenguaje a una simple acumulación de información, sistematización y procesamiento acelerado. La verdadera fuente de creatividad en el uso del lenguaje literario y artístico radica en la memoria, que es la base primordial y esencial de la experiencia creativa e imaginativa que denominamos poesía, literatura y arte. Se preserva la experiencia humana y enriquece la expresión artística y literaria.

El conocimiento y la lectura de la tradición estética no pueden ser reemplazadas por algoritmos de la inteligencia artificial, ya que para cada aspirante a literato constituyen una experiencia invaluable que forma su voz creadora única. La labor del estudioso de la literatura y el arte no se limita a aceptar significados y resultados ya establecidos, que los críticos suelen reiterar en sus interpretaciones. En cambio, su tarea es desarrollar una capacidad de lectura crítica y disidente, el identificar eventos y describir los efectos que surgen del diálogo, la interacción y la reflexión estética.

3. EL SABOR DEL TEXTO

Así como se ha abandonado la sazón y el sabor de la comida familiar, por el saber operativo de ofertas y promociones de bajo costo de la comida

chatarra, la cultura del espectáculo comercializa obras supuestamente artísticas y literarias, cuyo valor radica, al parecer, en la evasión o el entretenimiento. La crítica de un gusto funcional al mercado promueve la percepción de estos textos como historias o recursos vistos desde la óptica de resultados o productos de consumo fácil. Así, se fomentan las lecturas pasivas que refuerzan en los usuarios la creencia de vivir en la mejor era de la humanidad. La manipulación ejercida por los medios de comunicación y la industria editorial inunda el mercado con libros vacuos que engordan nuestro egocentrismo y aislamiento, pero empobrecen nuestra vida interior.

La información difundida en estas obras acostumbra al público al control de la hegemonía autoritaria de la razón universal que rige el sistema del capital global. La dictadura de la información instrumental, impuesta por un uso confrontacional del lenguaje, alimenta la ideología del consumo y refuerza unas verdades de sentido común que eliminan cualquier afectividad, voluntad de cooperación o vocación solidaria. Por eso, la existencia se ha convertido en una rutina esclavizante, atosigada de frustraciones y carente de perspectivas de cambio. La vida se ha vuelto insípida y agotadora, confinada en un espacio egoísta, como un reiterado texto de saberes vacíos, distante del sabor y el afecto de la palabra imaginativa, creadora de un mañana diferente para la humanidad. El texto de toda vida no posee un significado establecido, sino que debe recuperar, en su devenir, su sentido como acontecimiento afectivo en diálogo comunitario y fraternal. En este sentido, la literatura nos ayuda a construir un futuro diferente.

A pesar de encontrarse acorralados y constreñidos por la religión del dinero y las ganancias, los humanistas y los auténticos artistas advierten que el texto de la vida no tiene un significado fijo, sino que su sentido depende de nuestra capacidad imaginativa, que otorga significancia a la vivencia o lectura. Se debe recuperar la afectividad articuladora de nuestra humanidad, propia del lenguaje simbólico, que ha sido la cognición diferencial que nos ha convertido en la especie más comunitaria y cooperativa del planeta: eje de nuestra supremacía. Las neurociencias y la biología de la mente enfatizan la importancia

del afecto y las emociones para el aprendizaje, la memoria y el conocimiento. Esta trilogía, reducida en la actual cultura del espectáculo y el consumo a la información o el saber operativo, instaura una gran escisión entre el conocimiento individual y el social: sabemos usar infinidad de aparatos o dispositivos, pero desconocemos cómo funcionan y, en muchos casos, el porqué de los mismos. En el mundo del siglo XXI, todos somos ignorantes, pero ignoramos cosas diferentes; asimismo, creemos saberlo todo porque, orientados hacia el consumo compulsivo, reducimos todo al valor monetario a las ofertas y promociones que rigen a la colectividad al establecer lo que vendrá después. Esto otorga al desorden inherente del mercado la ilusión de un orden natural.

La mayoría de los críticos prácticos, intérpretes o comentaristas de las obras artísticas o literarias mayoritarias consideran que su función consiste en ofrecer a los lectores el mensaje o significado oculto que el autor ha plasmado en su escritura. Asumen lo literario como un objeto, un resultado, un producto. De ser así, el escritor sufriría una pérdida o una devaluación a causa del significado que el crítico devalúa. El mensaje literario se convertiría en una parte de la estructura del texto, independiente de la lectura o la experiencia estética. Los literatos orientados hacia el consumo y al entretenimiento, inmersos en esta cultura, intentan mostrar el sentido desde el comienzo de la narración o a través de las figuras retóricas empleadas, como si este fuera un elemento secundario que pudiera ser extraído del texto.

El conocimiento de una receta indica los ingredientes, las proporciones y los tiempos de cocción, pero no puede garantizar el sabor del platillo, que depende de la degustación del cocinero y del comensal. Más que el conocimiento en sí, debe priorizarse el sabor, la vivencia o la experiencia que nos ofrece el texto. En su afán por ser lectores perspicaces y minuciosos, los críticos compiten por desentrañar el mensaje que se separa de la obra; así surge el segundo marco referencial que los orienta: el gusto. Especialmente desde el siglo XIX, este poseía tanto o incluso mayor peso, debido a que la literatura, como pieza nuclear de la religión del arte en esa época, prometía soluciones

que ya no podían ser ofrecidas ni por los sistemas explicativos religiosos, políticos o sociales, ni tampoco por las ciencias naturales. Este hecho proporcionó en el siglo XIX a la literatura un significado eminente de carácter histórico-funcional. Por ese motivo, los críticos interpretativos suelen recurrir a reseñas, biografías, estudios o ensayos para ratificar la seriedad de su labor.

Sin embargo, el uso del lenguaje con intencionalidad estética, propio de la literariedad, se opone al de la literacidad, que se fundamenta en un afán utilitario. Este último es opuesto a la autonomía de la escritura literaria, la cual adquiere plena vigencia a partir de las vanguardias a inicios del siglo XX. Desde ese momento, el texto de ficción o imaginativo se opone a ser un objeto de consumo. Los lectores hermenéuticos, miembros de la comunidad de usuarios de la literatura, al enfrentarse a los textos disidentes de las vanguardias, en lugar de captar el sentido como algo tangible, solo constatan un vacío. Este vacío no puede ser ocupado por un significado discursivo, ya que cualquier intento en esa dirección resulta parcial y deja de lado la significancia o el efecto global del discurso estético.

Superado el realismo romántico del siglo XIX, el sentido de un texto adquiere un carácter figurativo porque solo se deja captar como imagen. En esta imagen se produce la ocupación de aquello que el modelo textual deja vacío, pero a lo que da forma mediante su estructura. La imagen se sustrae a la capacidad referencial, porque no describe algo presente, sino que encarna una representación de lo que no existe o, en su caso, de aquello que no se manifiesta lingüísticamente en la escritura literaria. Más que ilustrar los contenidos, anticipa y precede el efecto estético como acontecimiento que trasciende toda causalidad o descripción. En esto radica la diferencia entre imagen y discurso.

Si el sentido que poseen los textos literarios de ficción, como característica esencial, se materializa en una imagen, entonces necesariamente debe producirse una relación distinta entre texto y lector, que trasciende la simple descodificación avalada por la lectura hermenéutica con sus interpretaciones reductivas. La valoración del gusto, al obviar la imagen, queda caracterizada por la escisión entre texto y

lector. Una propiedad específica de la obra de arte en este siglo XXI es su resistencia a ser absorbida en un significado discursivo. Como ha expresado Gérard Wajcman (2001), los textos artísticos no se descifran fácilmente porque plantean preguntas, dicho de otro modo, son respuestas a interrogantes que el lector debe descubrir. De ese modo, la actividad creadora actual se define por esta negación a un significado discursivo o lingüístico y por su visión disidente frente a la tendencia de contemplar y asumir pasivamente la recepción de un contenido. En la base del uso literario del lenguaje se manifiesta un afán de atender al origen, a la intencionalidad que ha exigido su creación.

Como la vida, un texto literario solo puede desarrollar su efecto cuando se lee; así, la existencia adquiere consistencia solo cuando se vive. La lectura del texto o del mundo se ubican en el centro de las reflexiones que dan lugar al proceso de significación del devenir. En ambos casos, se parte de la pretensión o presuposición de la capacidad humana para postular dicho sentido, aun cuando este no sea discernible o aparezca como ininteligible. El valor del texto o la existencia no se capta exclusivamente con su constatación ni con el hecho de su lectura o experiencia. La vida, como texto, y el texto, como vida, no poseen un contenido establecido previamente al acto de su lectura o vivencia. Así como el texto es un potencial de efectos que solo se pueden actualizar en el proceso de lectura, únicamente aprehendemos la vida viviéndola y significándola fenoméricamente. Texto y lector se determinan mutuamente, al igual que vida y experiencia; ambos términos se asumen como íntimamente relacionados, comunicados e interactivos.

La interacción entre lector y texto constituye la base del efecto literario que se despliega en la lectura considerada como un acto de comunicación, así como su intervención en el mundo, en las estructuras sociales dominantes y en la literatura previa. Este efecto se manifiesta como reorganización de los sistemas de referencia a los que alude el texto, a través de su repertorio y sus instrucciones de interpretación. En palabras de Wolfgang Iser (1987): «El efecto estético, por lo tanto, debe ser analizado en el triple avance dialéctico del

texto y el lector, así como de la interacción que acontece entre ellos». La distancia entre el arte y la literatura contemporánea y la norma tradicional obedece a que esta última buscaba la verdad, mientras que la pretensión explicativa de la interpretación ha sido desplazada hacia un sentido figurativo que, por su naturaleza parcial, abandona la búsqueda de la representación del todo como significado unívoco. Con otras palabras, el poeta no afirma nada, puesto que no dirige su mirada hacia un significado representativo, sino hacia los efectos que las funciones simbólicas desarrollan en la obra artística.

El camino hacia un nuevo horizonte simbólico para la humanidad pasa por recuperar el sabor, la afectividad y la experiencia del sentido del texto artístico o literario. Igualmente, frente a la vida y el devenir, en oposición a una supuesta verdad o razón de contenido, se debe percibir la voluntad de posibilitar el diálogo, el encuentro y la cooperación. En lugar de inclinarnos hacia una verdad autoritaria, monológica y funcional al consumismo compulsivo propio de la cultura del espectáculo, que tiende a perennizar el modo de vida actual, debemos alentar la disidencia, la búsqueda de un estilo de vida más solidario, fraterno y cooperativo. Si la libertad de la palabra creadora no recupera la capacidad de imaginar un mundo más humano, las posibilidades de transformar el reino del caos, el abuso, la corrupción que han marcado nuestra sociedad seguirán siendo lejanas e inalcanzables.

4. LA MÁQUINA DE LA ESCRITURA

La escritura, como herramienta nemotécnica, es una invención humana destinada a conservar, desarrollar y transmitir ideas. Mediante esta, los seres humanos han fijado los idiomas de sus colectividades, al tiempo que han desarrollado cálculos matemáticos y científicos complejos, que han sido cruciales para expandir el conocimiento del universo. Además, la palabra escrita posibilitó el surgimiento de las ciudades-Estado en civilizaciones antiguas, cuyas leyes, reglamentos y convenciones promovieron su crecimiento. Como sistema de representación gráfica de una lengua, mediante signos trazados o grabados sobre distintos soportes, la escritura consiste en un dispositivo visual

o perceptible, exclusivamente humano, diseñado para conservar y transmitir información. En ese sentido, la escritura ha sido, y sigue siendo, una de las invenciones más asombrosas de la humanidad. A través de sus signos visuales transcribimos nuestros pensamientos, ideas, sentimientos, imágenes y sonidos, lo que la convierte en una herramienta esencial para la expresión y el desarrollo del conocimiento humano.

No obstante, al igual que en el caso del lenguaje, no se debe confundir la imaginación creadora, propia de la cognición que se manifiesta a través del poder simbólico del código verbal, con el contenido o resultado que se preserva como un sistema de representación. La esencia del pensamiento reside en su capacidad creativa, la cual opera a partir del saber previo, pero que lo transforma por medio de la oposición, la mutación o la invención para generar nuevos saberes. Si el conocimiento fuera simplemente información acumulada o descubierta, se estaría ante verdades absolutas o inmutables. Lo característico del conocimiento es su falibilidad, es decir, su inevitable caducidad. La creatividad que surge en la generación de nueva información, producto del pensamiento, cuya conservación es esencial para su continuidad y expansión, no debe confundirse con el contenido o la información preexistente. La verdadera innovación proviene de la capacidad de imaginar y crear más allá de lo que ya se ha conservado.

El término «máquina» se refiere a un «[a]gregado de diversas partes ordenadas entre sí y dirigidas a la formación de un todo» (RAE, 2024). En otras palabras, es un mecanismo o «[c]onjunto de las partes de una máquina en su disposición adecuada» (RAE, 2024), que forman parte de una estructura más amplia y están en la espera de realizar una función específica. Su característica esencial es estar al servicio del ser humano vivo y natural, siendo una herramienta que amplía sus capacidades. En ese sentido, las máquinas biológicas de los animales y plantas emplean información estratégica para camuflarse o mimetizarse, ya sea con el fin de evitar ser depredadas o para atrapar a sus presas. A diferencia de las especies vegetales o animales, que

generan componentes tangibles percibidos a través de los sentidos (como la vista, el olfato, o la percepción de la temperatura, etc.), los seres humanos han dado un salto cualitativo al utilizar dispositivos mentales e interiores que interactúan con el pensamiento mediante el lenguaje, entendido como cognición simbólica. Este uso del lenguaje, al igual que en la publicidad, por ejemplo, busca implicar al interlocutor, generando una conexión que lo invita a responder al texto, a la enunciación, y así participar en un intercambio de información pertinente.

En este siglo XXI, impulsados por la revolución informática y digital que se ha desarrollado en las últimas décadas del siglo anterior, se es testigo de transformaciones radicales en la manera en que la escritura nos posiciona en el mundo social contemporáneo. Esto conlleva también cambios profundos en la producción, presentación y circulación de los textos. Como señalan Ferreiro et al. (2013), en Internet se encuentran tanto datos escritos (sean verdaderos o falsos) como imágenes estáticas o en movimiento y sonidos musicales. Bajo este contexto, «la máquina biológica» de los animales y la «máquina» propia ser humano presentan características fundamentalmente distintas. Una de las novedades más significativas es la interacción entre estos diversos tipos de datos, lo que otorga a los textos una inestabilidad peculiar. La expansión y difusión de la escritura en el ámbito digital es un fenómeno que involucra a todos, sin embargo, existe una disciplina claramente dedicada a su estudio integral. Desde una perspectiva ingenua, podría argumentarse la falta de dicha disciplina se debe a que la escritura no es más que una técnica, una herramienta imperfecta para transcribir sonidos en graffias.

En los ochenta, la informática desarrolló máquinas y programas capaces de procesar grandes volúmenes de información de manera rápida y eficiente, orientados a diversos objetivos. Para la década de los noventa, se introdujeron los sistemas expertos, los cuales demandaban de los procesadores no solo la ejecución de las tareas automatizadas, sino también la capacidad de evaluar propiedades específicas de un conjunto dado. Esto se lograba gracias a un dispositivo técnico basado

en reglas definidas y un «motor» o fórmula de inferencias, que permitiría deducir estados de hechos u objetos. Este avance es posible por la combinación de tres elementos clave: la capacidad de almacenamiento, la velocidad de procesamiento y la sofisticación de los algoritmos o cálculos utilizados para encontrar soluciones. Esta etapa marcó un hito al otorgar a los ordenadores una capacidad interpretativa sin precedentes, algo completamente novedoso en el campo de la tecnología.

Al abordar las dificultades que subyacen a la evolución de la escritura, resulta pertinente rescatar algunas de esas problemáticas para formular una lectura crítica de este fenómeno, cuya culminación actual se manifiesta en la creciente influencia de la inteligencia artificial en nuestra colectividad. En primer lugar, la visión histórica tradicional suele centrarse en la transformación de la escritura desde la mesopotámica hasta la griega, dejando de lado las escrituras asiáticas, entre las cuales la escritura china ocupa un lugar destacado. Aunque marginalizada en muchos estudios, la escritura china tuvo impacto significativo en Japón y Corea, desempeñando durante siglos un rol en Asia comparable al del latín en Europa. En segundo lugar, existe la suposición de que los hablantes de épocas históricas accedían sin dificultad a las unidades fonéticas de su lengua. Sin embargo, investigaciones psicolingüísticas contemporáneas demuestran que esto es prácticamente imposible en adultos analfabetos, incluso en aquellos que practican tradiciones orales, como los poetas. Es más, el concepto de fonema concretizado en una letra tardó más de veinte siglos en ser teorizado, lo cual plantea una cuestión que merece ser profundamente reflexionada.

En tercer lugar, si se considera la escritura alfabética como la cima del desarrollo, cabría esperar un continuo perfeccionamiento de los principios alfabéticos desde su origen en Grecia hasta su expansión en Europa. No obstante, lo que se observa es un fonetismo siempre imperfecto, que se compensa con el uso de dígrafos y diacríticos. Aún más significativa es la progresiva incorporación de procedimientos ideográficos en sistemas de base alfabética, como ocurre con lenguas

con muchas palabras homófonas (el francés, por ejemplo), donde se marcan diferencias de significado en lo escrito a pesar de la fonética. En cuarto lugar, las investigaciones más recientes revelan que ninguno de los sistemas de escritura originales puede considerarse «puro». Es decir, ciertos aspectos del pensamiento humano, como la comprensión espacial y la visión holística, no logran adecuarse del todo a la linealidad inherente a la escritura alfabética. Un ejemplo de eso es el sistema cuneiforme mesopotámico, que era una combinación de logogramas, signos con silábicos y signos categoriales silenciosos.

Finalmente, se plantea una observación fundamental: la perspectiva evolucionista de la escritura asume que, una vez comprendidas las ventajas de la escritura alfabética (como la reducción de caracteres y la simplicidad del código), los usuarios de otros sistemas adoptarían esta innovación. Sin embargo, aunque en muchas partes del mundo las nuevas tecnologías suelen reemplazar a las anteriores, este no es el caso de la escritura en China y Japón. Ambos países, plenamente conscientes del funcionamiento de la escritura alfabética, eligen mantener sus propios sistemas, a pesar de las presiones internacionales explícitas. Existe una conciencia intuitiva de que perderían mucho más que simples matices si se sacrificaran la simultaneidad de la voz, la imagen y el sonido inherentes a sus sistemas en favor de la lectura silenciosa, característica de la escritura alfabética. Cabe destacar que tanto China como Japón han demostrado ampliamente su capacidad para asimilar e incluso liderar los avances tecnológicos de la modernidad globalizada. Si sus sistemas de escritura fueran realmente eficaces para representar sonidos en formas visuales, habrían optado por abandonarlos hace mucho tiempo.

La persistencia de esos sistemas invita a la reflexión: ¿es posible que la definición de escritura predominante en el «mundo occidental» sea insuficiente y limitada en su enfoque? ¿Podría ser que la profunda identificación de un pueblo con su sistema de escritura —o con ciertos rasgos distintivos— indique que la escritura de una lengua, una vez consolidada, trasciende lo meramente utilitario? Hay que considerar la identificación de los hispanohablantes con la letra «ñ» o

la de los franceses con el acento circunflejo. Se plantea la necesidad de desarrollar una nueva ciencia que tome como objeto el estudio de la escritura, pero a aquella en constante transformación, ese proceso incesante de reconstrucción mediante el cual el sistema de signos, social y culturalmente establecido, se convierte en patrimonio colectivo de cada nueva generación. Este proceso, profundamente democrático y comunitario está siendo cooptado por la administración digital global, impulsada la hegemonía cultural y económica occidental. A través de la inteligencia artificial se busca imponer una supuesta capacidad interpretativa objetiva en manos del juicio computacional, lo que conlleva una creciente racionalización informática de la vida futura, tal como ha señalado el filósofo Eric Sadin (2013).

Para lo planteado, es necesario comprender el vínculo entre este proyecto profundamente antihumanista que está en marcha, la inteligencia artificial y plataformas como ChatGPT, que se presentan como agentes de esta transformación radical.

5. LA MANO INVISIBLE AUTOMATIZADA

El modo de producción capitalista, basado en la explotación de la fuerza de trabajo, la supuesta libre competencia y el emprendimiento de los propietarios de los medios de producción, se originó a partir de un concepto central: el mercado, que opera como una «mano invisible». Adam Smith, considerado el padre de la economía política, utilizó esta metáfora para describir el funcionamiento inevitable y predeterminado de los mercados, justificando así la búsqueda de ganancia por parte de los empresarios. No obstante, un siglo más tarde, Karl Marx (1867) cuestionó este principio, al destacar que la verdadera fuente de riqueza es el trabajo. Para Marx, es el trabajador quien genera valor durante las horas que dedica a su labor, ya que las máquinas, por sí solas, no crean riquezas.

Cuando se trata a un ser humano como una mercancía se le paga únicamente lo necesario para asegurar su subsistencia en condiciones mínimas, de manera similar a cualquier producto comercial. Sin embargo, durante cada jornada laboral, el proletario genera un

valor que excede varias veces el salario que recibe, produciendo una riqueza en forma de mercancías. Esta riqueza, al ser vendida en el mercado, proporciona al capitalista un plusvalor o plusvalía del cual se apropia sin haber realizado esfuerzo alguno. La ideología burguesa disfrazaba esta explotación bajo conceptos como «talento para los negocios» o «gestión» (CEO, mánager, etc.). Al contrario de esto, la verdadera fuente de los beneficios se encuentra en la anarquía de la producción, que convierte las pérdidas generadas por el trabajo productivo de unos en ganancias para aquellos que logran producir a menor costo. No hay azar, magia ni misterio en este proceso, solo oportunismo y derroche que conduce a constantes crisis de sobreproducción y escasez.

Marx predijo que el sistema capitalista enfrentaría una crisis inevitable, gestada internamente debido a la constante búsqueda de ventajas competitivas. Esto conduce a la tendencia de introducir maquinaria que reduce la necesidad de mano de obra, lo que resulta en una disminución relativa del capital variable (fuerza de trabajo) frente al capital constante (medios de producción, materias primas, etc.). Aunque la proporción de fuerza laboral disminuye en relación con el capital constante, la inversión por trabajador en el proceso productivo aumenta. No obstante, la cantidad de plusvalía generada por los capitalistas sigue dependiendo de dos factores cruciales: la tasa de plusvalía y el número de trabajadores empleados en la producción.

La introducción de maquinaria, de manera evidente, reduce el número de trabajadores y, por lo tanto, cambia la relación entre el capital variable y el constante, alterando la proporción entre el trabajo muerto (máquinas) y el trabajo vivo (mano de obra). Marx denominó este fenómeno como el incremento de la composición orgánica del capital. Este proceso lleva inevitablemente, bajo condiciones constantes, a una tendencia decreciente en la tasa de ganancia. Marx explica que «como se ve, la aplicación de maquinaria para la producción de plusvalía», «adolece de una contradicción inmanente: está obligada a una constante mejora técnica que atenta contra la plusvalía y la ganancia» (1867).

Un siglo después de Marx, el economista belga Ernest Mandel (1972) cuestionó por qué el capitalismo no ha experimentado la crisis terminal que se había pronosticado. Mandel investigó cómo el modo de producción capitalista ha logrado mantenerse y, de manera premonitória, atribuyó esta continuidad a varios factores. Señaló que las fuerzas productivas habían dejado de crecer, no debido a las guerras y la industria bélica —que representan un evidente despilfarro y producción para la muerte, destrucción, seguidas de la reconstrucción—, sino, más significativamente, porque el capitalismo compensa la caída de las ganancias al desdibujar los límites de la legalidad. Esto se manifiesta en el tránsito hacia formas ilegales, la formación de concentraciones transnacionales y el auge de las industrias del entretenimiento y el vicio. Afirmación que constituye una constatación en el presente.

Con la evolución del capitalismo y la revolución informática, la «mano invisible del mercado» ha sido reemplazada por una «mano invisible automatizada» impulsada por la inteligencia artificial. La automatización de la producción industrial ha reducido la proporción de fuerza laboral en el costo de la mercancía, trasladando así la responsabilidad de la obtención de beneficios hacia la distribución y comercialización. Este proceso ha permitido al capitalismo dirigir la explotación laboral hacia los sectores de la distribución, comercialización y servicios, al mismo tiempo que elimina empleos estables, beneficios sociales y pensiones. Como resultado, el trabajo ha sido transformado en una forma de autoexplotación o trabajo a destajo, donde la plusvalía absoluta se obtiene mediante la extensión de las horas laborales. A pesar de los avances tecnológicos y científicos, los trabajadores desposeídos se han visto empujados de regreso a condiciones similares a las de la esclavitud, no con grilletes físicos, sino con cadenas mentales impuestas por la cultura del consumo y la ideología neoliberal. Ahora nos autoexplotamos más que en el pasado.

Alan Turing (1950) predijo que para finales del siglo XX la idea de máquinas capaces de pensar sería ampliamente aceptada y discutida sin controversia. Por su parte, Jacques Ellul (1970) vaticinó que las computadoras se convertirían en el único modo de relacionarnos con la realidad. Sin embargo, esta realidad puede agotar la complejidad

del mundo (lo real), pues solo representa una versión lingüística de la misma. En este contexto, la pluralidad de lenguas humanas —una imagen evocada en la Torre de Babel de la tradición bíblica— sugiere la existencia de un lenguaje unívoco y social que eliminaría las distorsiones interpretativas de cada individuo. Si tal código fuera posible, sería la «voz de dios» que deberíamos seguir sin cuestionamientos.

Es paradójico que el sistema capitalista, que se basa en la libertad del individualismo absoluto, impulse en el ámbito económico un lenguaje único cuya verdad resulta inapelable e incuestionable. Esta utopía tan deseada tanto en la política como en la cibernética había sido anticipada por George Orwell (1949) en su novela *1984*, donde se afirma: «Le estamos dando al idioma su forma final, la forma que tendrá cuando nadie hable más que neolengua. Cuando terminemos nuestra labor, tendréis que empezar a aprenderlo de nuevo. Creerás, seguramente, que nuestro principal trabajo consiste en inventar nuevas palabras. Nada de eso. Lo que hacemos es destruir palabras, centenares de palabras cada día. Estamos podando el idioma para dejarlo en los huesos».

Según Éric Sadin (2018), la tecnología representada por ChatGPT realiza una función que previamente no se había concebido, no solo porque no formaba parte de nuestro imaginario, sino porque existían límites formales para tal atribución. Con el avance de las transnacionales de la informática, los dispositivos electrónicos han adquirido una inquietante nueva vocación: enunciar la verdad. Este poder de enunciar la verdad define todas las funciones que se les asignan, ya que su discurso ha dejado de centrarse en la técnica, para enfocarse en la capacidad proferir el verbo, el *logos*, pero con el propósito exclusivo de garantizar lo «verdadero». Así, nos encontramos frente a una nueva y poderosa fuerza que impulsa un movimiento de informatización de la sociedad, iniciado a comienzos de la década de los años sesenta del siglo pasado.

El ideal humanista del Renacimiento, que promovía la capacidad del individuo para moldear su propio destino a través de su juicio personal, encontró un eco en la modernidad cultural gracias a la ciencia

y la tecnología impulsadas por el capitalismo. Este espíritu de individualismo y egoísmo, que se manifestaba en un mercado libre, que supuestamente beneficia a todos, se ha visto perturbado por el crecimiento desmedido de la administración digital. En lugar de reforzar el diseño personal promovido por el ego moderno, esta administración ha desplazado el juicio individual en favor de la cognición artificial representada por la IA. Así, el dogmatismo y fundamentalismo religioso del pasado se han transformado en un dogmatismo tecnológico y cientificista. Las formas colectivas y heredadas del lenguaje, que antes fortalecían la cohesión social basada en códigos culturales solidarios, han perdido relevancia ante la creciente importancia de la técnica en la era del capitalismo globalizado.

Según Daniel Crevier (1993), la transformación de la naturaleza humana y de sus procesos cognitivos causada por la expansión digital provocará una alteración comparativa con los grandes cambios históricos, como la transición de los cazadores-recolectores a la agricultura o las consecuencias de la primera revolución industrial para campesinos y artesanos. Sin embargo, en este caso, la amenaza se dirige hacia el núcleo de la condición humana, en particular hacia la pluralidad de voces y lenguas, y la capacidad de articular habilidades, deseos y acciones en un contexto de diversidad. Esta amenaza se manifiesta a través de una tendencia dominante hacia una autoritaria que ya había sido advertida por Hannah Arendt en 1958. A diferencia de los cambios anteriores, que en algún momento permitieron un espacio para la democracia y el diálogo, la actual subordinación de la humanidad a la tecnología se impone de manera totalitaria y dogmáticamente fundamentalista, sin respeto por las diferencias.

Se ha despojado a la humanidad de una práctica fundamental: la charla, la conversación, el diálogo. La intervención de los sistemas digitales en las interacciones humanas ha roto el vínculo esencial entre las personas, reduciéndolos a datos, hechos, objetos. Las élites multimillonarias que dominan el mundo requieren individuos altamente condicionados para sus fines por lo que moldean a la humanidad a su imagen y semejanza con la ayuda de la mano invisible automatizada.

Esta administración digital transforma sus propias interpretaciones en verdades absolutas, que deben ser aceptadas sin cuestionamientos. En ese contexto, la escritura del arte y la literatura se erige como formas de resistencia cultural pacífica, utilizando la imaginación y la conciencia crítica para proyectar un futuro diferente. Como expresó José María Arguedas, un mundo en el que los seres humanos no sometidos al ídolo del dinero y la ganancia puedan vivir en plena armonía, celebrando la diversidad de las sangres, las voces y la fraternidad solidaria de la vida.

6. UN GOLPE DE ESTADO RETÓRICO

Nos proponemos dialogar sobre la *mano invisible automatizada*, concepto que impulsa un mundo regido bajo un sistema de la retroalimentación (*feedback*), basado en un vasto acopio de datos (*big data*) cuyo objetivo es imponer una sociedad de autómatas gobernados por ordenadores (*driven society*). En este contexto, cada acontecimiento de la realidad está sometido a una serie de operaciones orientadas a asumir la inflexión justa, según criterios definidos por algoritmos computacionales, cuya autoría y programación permanece en el anonimato. Finalmente, tras lo que están a punto de ver y escuchar, se espera que pueda explicarse el significado del título de esta sección.

A pesar de que numerosos científicos de renombre y premios Nobel han advertido que la investigación científica ha dejado de ser una contribución desinteresada a la humanidad —como lo señala Robert B. Laughlin (2010)— y se ha convertido en propiedad privada de las grandes corporaciones y transnacionales que la financian, la ideología capitalista dominante sigue afirmando la supuesta neutralidad de la técnica y la ciencia. Esta creencia, asumida como sentido común, ha impedido una lectura crítica sobre el desarrollo de ambas y de su incidencia en la humanidad.

En ese sentido, la expansión y difusión de la inteligencia artificial se ha desarrollado sin una teoría crítica que regule su uso o aplicación. La política improvisada, desde el propio término empleado para

describir la tendencia hacia la automatización de la vida actual, resulta errada. Modelar una inteligencia computacional basada en la inteligencia humana constituye un error porque ambas no mantienen casi ninguna relación de similitud. Una computadora está desprovista de cuerpo y se limita a ser solo un dispositivo de cálculo, cuya función consiste en procesar flujos de información abstractos. Es decir, reduce ciertos aspectos de la realidad a códigos binarios, excluyendo una infinidad de dimensiones que nuestra sensibilidad es capaz de captar y que escapan al principio de una modelización matemática.

De igual modo, Éric Sadin señala que «hay una irreductibilidad de la vida como hay una irreductibilidad de la inteligencia humana porque ambas son refractarias a toda definición circunscrita y a toda categorización cristalizada, así como hay una irreductibilidad de nuestros afectos, que se resisten a todo intento de esquematización. De ningún modo nos enfrentamos con una réplica de nuestra inteligencia (...) se trata más precisamente de un modo de racionalidad basado en esquemas restrictivos y que apuntan a satisfacer todo tipo de intereses» (2018). El término «inteligencia» no debería emplearse para aludir a un dispositivo cibernético; su uso debería limitarse a los promotores de la digitalización de la vida, pero con un matiz que denote su carencia o ausencia.

ChatGPT, como ejemplo de IA, está desconectado de las relaciones abiertas e indeterminadas entre los seres y las cosas que manipulamos en nuestro contexto sociocultural. En otras palabras, en el medio compuesto y complejo en el que evolucionamos como especie, pierde la singularidad inherente a la facultad de adaptabilidad, esencial para la evolución humana. Esta capacidad de transformación, que se basa en la integración madura de nuevos conocimientos, nos posibilita cuestionarnos nuevamente tras acontecimientos inesperados o declaraciones contradictorias, cuyos sentidos implícitos inferimos mediante una escucha atenta. Este proceso permite integrar las diferencias y desechar esquemas o abstracciones erróneas.

Esta crítica ha sido destacada por Noam Chomsky, quien afirma que «la mente humana es un sistema sorprendentemente eficiente

e incluso elegante que funciona con pequeñas cantidades de información; no busca inferir correlaciones brutas entre puntos de datos, sino crear explicaciones» (2023). Por ejemplo, un niño pequeño que aprende un idioma desarrolla (de manera inconsciente, automática y rápida a partir de datos mínimos) una gramática: un sistema increíblemente sofisticado de principios y parámetros lógicos. Esta gramática puede entenderse como una expresión del «sistema operativo» innato, instalado en los genes, que dota a los seres humanos de la capacidad de generar frases complejas y largos hilos de pensamiento.

Para comprender este proceso de apropiación e iniciar una lectura crítica de la IA, se necesita abandonar la visión de la escritura como una mera técnica o «código de transcripción» y desprenderse de toda concepción instrumental. Para los niños de 3 a 5 años, la escritura no es un instrumento, sino un elemento del entorno social que debe ser transformado en algo observable. Con otras palabras, es fundamental complejizar nuestra concepción de la escritura para comprender el proceso de alfabetización y lo que la escritura electrónica contemporánea nos revela. La escritura es un componente del medio social: el espacio urbano está impregnado por la escritura y esa escritura entra en el ámbito doméstico, aunque solo sea a través por los envases comerciales. Lo escrito se compone de marcas no figurativas, organizadas prolijamente en líneas y en cadenas delimitadas por espacios en blanco. Estas marcas suscitan, de manera misteriosa, una oralidad adulta con altos grados de extrañeza léxica e incluso sintáctica.

Un adulto lee el periódico y dice en voz alta: «El vencimiento es el próximo lunes; no habrá prórroga». ¿Qué comprende el niño de 4 o 5 años al escuchar este acto de habla, producto de una lectura no destinada a él? La actitud de los adultos le indica que lo que acaba de escuchar es serio, o sea, pertenece al ámbito de lo real, a diferencia del «como si» que se instala en la ficción cuando uno de esos mismos adultos le lee un cuento. La escritura posee el poder de suscitar ciertas acciones y reacciones emocionales que, aunque puedan resultar incomprensibles, contribuyen desde el inicio a una percepción confusa sobre una ambivalencia fundamental en los usos sociales de lo escrito. Sucede así que la escritura posee una doble significación social: por un

lado, como medio para el ejercicio de la autoridad y el poder; por el otro, como juego de lenguaje que realiza y valida consensos, compromisos o ficciones imaginarias distintas a las literarias o poéticas, y que dan vigencia a las comunidades de diferentes rangos (familia, vecindad, paisanos, patria, nación, Estado, etc.).

El filósofo John Searle (1995) logró explicar y justificar la tesis de que el uso del lenguaje es esencialmente constitutivo de la realidad social, en el sentido de que todas las demás prácticas e instituciones lo presuponen. La naturaleza social de toda actividad humana depende de una intencionalidad colectiva que se establece, acepta y ejerce simbólicamente a partir de reglas constitutivas. Estas reglas deben formularse como manifestaciones consensuadas, que trascienden lo individual o personal, para lograr su efectiva realización. Esta formación deontológica, encargada de regular deberes y derechos y traducirlos en preceptos, normas morales y reglas de conducta, ha sido socavada por la reforma neoliberal del sistema educativo a nivel mundial. La Declaración de Bolonia de 1999, suscrita por todos los países europeos y occidentales, acordó transformar la educación en todos sus niveles de acuerdo con las exigencias del mercado y la defensa de las ganancias de la libre empresa.

Contrariamente a la postura de las Naciones Unidas, que consideraba la educación un derecho humano universal, la decisión trajo consecuencias comunes para las naciones del orbe: desfinanciamiento de lo cultural y formativo, pérdida de empleos, deterioro de la educación pública, privatización y recorte de campos no «rentables» de estudio, entre otros. La formación de niños y jóvenes se orientó hacia el mercado laboral, volviéndose memorística y repetitiva, sin espacio para la reflexión, innovación y conciencia crítica. La eliminación de las asignaturas de educación cívica, historia, filosofía, ética, literatura, arte y humanidades consideradas inútiles, incentivó el progresivo y constante deterioro de los valores meritocráticos y el respecto al conocimiento en la colectividad. Impulsadas por el interés económico, la calumnia, la mentira y la adulteración del lenguaje se expandieron, dando origen a la institucionalización de la corrupción, el cohecho y la felonía.

La difusión globalizada de los dispositivos electrónicos y el monopolio de los medios de comunicación social han desempeñado un papel determinante en la transformación del *homo sapiens* lector y pensante en el *homo videns* receptor pasivo de información, tal como lo precisó Giovanni Sartori (1998). Este receptor pasivo de información asume como verdad absoluta todo lo que los canales de desinformación le presentan. El secreto de esta metamorfosis del sistema capitalista fue anticipado desde de la década de los noventa por diferentes pensadores que han denunciado el uso de técnicas periodísticas para distraer, distorsionar y manipular la verdad de la información, así como para impartir valores falsos con el fin de controlar el pensamiento, la conducta y la opinión de las masas al servicio del poder dominante.

Al deterioro de la educación y el control de la información hay que añadir un último factor: ningún recurso lingüístico puede convertir una mentira en verdad. Son factores pragmáticos del uso del lenguaje o la relación entre sujeto y signo lo que explica ese efecto que puede o se pretende alcanzar. La condición básica que explica su funcionamiento consiste en el uso instrumental o informativo referencial en lugar del uso cooperativo o dialógico. A diferencia del mundo natural donde no existe, la mentira parece ser un rasgo exclusivo del ser humano. La humanidad ostenta el nada honroso monopolio del embuste, un rasgo que no parece extenderse a otros animales, salvo aquellos antropomórficos que aparecen en fábulas y cuentos.

Frente a estos lamentables casos, la reflexión y la denuncia, más que simples obligaciones, se convierten en imperativos morales que previenen nuestra complicidad con los sicarios y delincuentes que se han puesto al servicio de un modo de existencia cada vez más sometido a esquemas racionales que favorecen el apogeo de estructuras asimétricas de poder. Esta casta de multimillonarios, con la anuencia servil de élites tecnocientíficas y científicas, ha logrado apropiarse del gobierno sin necesidad de recurrir a militares ni grupos armados, imponiendo un Estado imperativo de la verdad que cuenta con dispositivos para erradicar la duda. Así, a pesar de que el sentido común de la gran mayoría siga creyendo que atravesamos la mejor era de la humanidad, bajo el modo de vida del libre mercado, consumista

y depredador, el verdadero significado del término «golpe de Estado retórico», debería ser más claro ahora. En la siguiente sección, discutiremos cómo se puede retomar una vida democrática, respetuosa de nuestras diferencias y de la naturaleza.

7. INSTRUCCIONES PARA INTERPRETAR Y CAMBIAR EL MUNDO

Karl Marx (1978) formuló el siguiente axioma: «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo». Casi ciento ochenta años después, sus partidarios no han logrado la revolución añorada y los intentos por concretar transformaciones en la sociedad han sido obra de sus adversarios capitalistas. Estos, en sucesivas etapas de expansión, consolidación y hegemonía global del régimen económico del supuesto libre mercado, han convertido los ideales modernos de libertad, igualdad y fraternidad en una pesadilla infernal dominada por la idolatría del oro y el dinero. En un reino de la mentira y la manipulación que, en un planeta finito, busca una explotación, depredación y devastación infinita. Esto ha llevado al pensador italiano Franco Berardi a sostener que, antes de intentar transformar el mundo, es prioritario interpretarlo adecuadamente para después cambiarlo; es decir, no basta con callar ni con ser cómplice, sino de conversar, dialogar y encontrar una respuesta solidaria, comunitaria, esperanzadora a los graves problemas planetarios.

«¿Es que ya no vale nada el mundo, hermanito doctor?» (1972, p. 57), se preguntaba José María Arguedas en uno de sus célebres poemas, ofreciendo una primera y clara instrucción en forma de interrogación: ¿vamos a seguir creyendo en la verdad «oficial» de las clases políticas corruptas y sus aliados dueños de los medios de comunicación social que asumen que «todo es para ellos y nada para los demás»? Resulta paradójico que el llamado a la acción que guio durante décadas a la conciencia crítica se reorienta hacia su origen, en sentido inverso. Ante la aceleración inherente del sistema, se nos exige volver a una tarea interpretativa y reflexiva. Sucede que la revolución no estaba a la vuelta de la esquina como se pensaba; primero es necesario entender

a cuál esquina debemos dirigirnos, es decir, comprender previamente hacia dónde debemos orientarnos. Entonces, la primera tarea no radicaba en una acción perentoria, sino en la dirección, en establecer el «dónde» y no «cuándo». El mañana no es el ahora, previa a la actividad revolucionaria, es preciso saber antes dónde, cómo, quiénes y cuántos.

Franco Berardi (2019) señala que el caos actual se alimenta de la guerra. Es importante precisar que no se trata únicamente de una guerra militar, sino también económica, comercial, política, cultural y de legitimidad que acelera nuestro modo de vida como si se tratara de una confrontación urgente e inevitable. Berardi argumenta que «cuando sentimos que vivimos en condiciones caóticas, esto quiere decir que nuestras mentes son incapaces de procesar emocionalmente y decidir racionalmente sobre eventos cuya velocidad se está intensificando, sobre una proliferante estimulación nerviosa» (2019), lo que nos lleva a acatar todo sin cuestionamiento. Cuando decimos que el mundo está de cabeza, que es un loquerío o está enfermo, simplemente estamos ratificando una atrofia emocional que impide cualquier solución o salida colectiva: el enemigo está ganando con nuestra impasividad, inmovilidad y resignación. Por esa razón, hay que interrogarnos, como lo hacía Arguedas, para reaccionar ante tal manipulación; porque, en la historia de la humanidad, la acción solidaria, cooperativa y comunitaria ha sido capaz de reducir y eliminar el caos.

El viejo Lenin afirmó: «sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria» (1960, p. 154) y, más de un siglo después, debemos reconocer la validez de esta afirmación: sin conocer nuestro destino, simplemente no podremos alcanzarlo. La segunda instrucción radica en el análisis crítico que debe anticipar la acción de la revuelta pacífica; sin embargo, esta tarea no corresponde únicamente a los filósofos, quienes se creen dueños de la razón, la verdad y la ciencia. Son los poetas y artistas quienes están mejor preparados para esta tarea, ya que la ruta hacia la transformación pertenece más a la imaginación que a la razón. Esta se anticipa a través del lenguaje del arte, la literatura y la palabra libre; es decir, consiste en una libertad bajo palabra. Berardi entiende que

la tarea de los filósofos no es transformar el mundo. El mundo cambia constantemente sin necesidad de filósofos. La tarea de estos es interpretar el mundo, es decir, capturar su tendencia y sobre todo enunciar las posibilidades que están inscritas en ella (2019)

Los políticos y la clase dirigente, sin embargo, no perciben lo posible porque están atrapados en el cálculo oportunista de lo probable. Lo probable no es amigo de lo posible, ya que solo nos permite ver lo que ya conocemos, impidiéndonos reconocer lo que aún no conocemos, aun cuando esté frente a nuestros ojos.

La ceguera de la sistemática depredación neoliberal, que seca progresivamente las fuentes mismas de la vida en el planeta —supuestamente gestionadas con racionalidad y conciencia—, aspira a una administración digital de la sociedad humana. Confían en la inteligencia artificial para establecer probabilísticamente un futuro donde puedan controlar a los seres humanos. No obstante, están cegados por la falta de una visión imaginativa sobre el modo de vida que los seres humanos debemos adoptar para evitar nuestra extinción. Por eso, «la interpretación es la condición para encontrar el hilo que nos permita desatar el nudo, que nos dé la capacidad de escapar del laberinto» (Berardi, 2019). Uno de esos hilos consiste en comprender que

la función social del Estado ha sido prácticamente cancelada por la reforma neoliberal. En la segunda mitad del siglo XX, el Estado fue tanto agente de distribución de la riqueza como fuente de bienestar social para la clase no privilegiada. El primer objetivo de la reforma neoliberal fue el desmantelamiento del Estado de bienestar, al que culpó por la pérdida de competitividad en los mercados globales. (Berardi, 2019)

Curiosamente dicha crisis se produjo por políticas estatalistas que ofrecieron mano de obra barata para las transnacionales en los llamados «países emergentes».

La tercera instrucción para interpretar y cambiar el mundo actual radica en entender que la sociedad y cultura contemporáneas están agotadas y en proceso de descomposición. La evidencia se manifiesta en los fenómenos disfuncionales que la atraviesan e incuban permanentemente, tales como las guerras cotidianas, locales y regionales; las crisis de inflación y recesión que se repiten desde el siglo pasado; la reiterada incapacidad de encontrar fuentes energéticas que, junto con beneficios, no induzcan daños irreparables en la ecología mundial; la creciente brecha de desigualdad que se amplía de lustro en lustro, separando a unos pocos que poseen mucho de la gran mayoría que tiene casi nada; la aceleración de la vida y el consumo, que genera despilfarro, contaminación, agresividad y violencia social, familiar e individual; y, finalmente, el cambio climático, consecuencia de la depredación de la naturaleza y la alteración de nuestro hábitat natural como ninguna especie anterior en el planeta lo ha hecho antes. Como resultado de la disolución del proyecto moderno, según Berardi:

se produce una suerte de disyunción: por un lado, la inteligencia es capturada por la tecnología, y la inteligencia artificial permite la replicación automatizada de los intercambios sociales. Por otro lado, la esfera emocional, separada de la tecnología y despojada de los filtros de la conciencia ética, retrocede a la brutalidad de una identidad agresiva: el nacionalismo, el racismo y el fanatismo religioso se apoderan del destino de la humanidad. (2019)

Así, el escenario geopolítico mundial se ha dividido en dos bandos: por un lado, Estados Unidos, la Unión Europea y el Reino Unido de Inglaterra, junto con sus aliados Japón, Sur Corea, Australia e Israel, supuestos defensores de la democracia, el progreso económico y la paz; por el otro, China, Rusia, Corea del Norte, India y los países poscoloniales de África, Sudamérica y Medio Oriente promotores supuestamente del «terrorismo», del estatismo represor y el igualitarismo enemigo del libre mercado. El futuro del mundo aparentemente depende de un cambio en la geopolítica, pasando del unilateralismo occidental del neoliberalismo capitalista hacia el multilateralismo

asiático del centralismo de Estado de naciones emergentes. Ambos representan modalidades del capital globalizado que solo buscan imponer su hegemonía, sin abordar las profundas desigualdades, el deterioro del medio ambiente ni recuperar la solidaridad y la cooperación como valores fundamentales para una humanidad global donde prime la fraternidad, la tolerancia y el respeto a las diferencias.

La retórica en torno a la defensa de la democracia, la libertad, la paz y el progreso económico no es más que una estrategia discursiva diseñada para asegurar inversiones y garantizar ganancias a futuro, fundamentadas en la perpetuación de guerras locales y regionales. Estas acciones permiten mantener el control de la población mundial bajo los intereses de las grande transnacionales, que están en manos de un reducido grupo de familias multimillonarias. En ese contexto, resulta evidente que la actual fase de inestabilidad global es la tercera gran transición en la historia de la humanidad. Las dos anteriores se dieron durante el paso de la hegemonía de los Países Bajos al Reino Unido en el siglo XVIII y, posteriormente, de este a los Estados Unidos a finales del siglo XIX. Sin embargo, lo que caracteriza a esta crisis contemporánea es la decadencia de los Estados-nación, territoriales y soberanos, debilitados por la economía supranacional. A la par, estos Estados se ven erosionados por fuerzas infranacionales, regionales y grupos étnicos secesionistas que, de manera anacrónica, buscan consolidarse como naciones-Estado, cuando el mundo ya se orienta hacia un horizonte global y planetario.

La ciencia política del futuro enfrenta cuatro ejes problemáticos que evidencian la insuficiencia de los principios racionalistas y humanistas que han regido los dos bloques en los que se ha dividido el escenario internacional. El primer dilema radica en el desequilibrio de poder entre los Estados nacionales, lo que dificulta la aparición de un nuevo Estado hegemónico. La gobernanza global se presenta como una tarea demasiado compleja para ser gestionada por un único poder, algo que ya se vislumbraba con la caída de Roma y otros antiguos imperios. El segundo eje se refiere al creciente desequilibrio de poder entre los Estados y las organizaciones empresariales globales que, cada

vez, ganan más influencia. El tercer problema atañe a los grupos marginados y empobrecidos, que se dirigen hacia un colapso en términos de condiciones de vida y trabajo, a pesar de contar con recursos naturales y riquezas minerales o energéticas.

Por último, antes de cambiar el mundo, es imprescindible cambiar nuestro lenguaje, porque solo a través de las palabras podremos imaginar un modo de vida más solidario, fraterno y cooperativo a escala planetaria. Es evidente que las categorías territoriales, nacionales, de raza y de género generan divisiones y conflictos latentes. Tal vez la única división verdaderamente ecuménica entre los seres humanos sea la que atañe a quienes tienen la voluntad de convivir en plena armonía, sin egoísmos ni intereses subalternos, sin rencores ni deseos de venganza. La construcción de una fraternidad global más plena será posible entre las personas de buena voluntad que arrinconen y aislen a los de mala voluntad. Si aspira a un horizonte humano simbólico, articulador y libre de intolerancia, será consecuencia de que los individuos voluntariosos se impongan sobre los envidiosos. Así podrá surgir una multitud solidaria y fraterna que construya gobiernos basados en el diálogo y la cooperación. Ese es el futuro que hay que imaginar.

8. LA ESPIRAL DEL SILENCIO

La politóloga alemana Elisabeth Noelle-Neumann (1995) postula el supuesto básico de que la mayor parte de las personas teme al aislamiento y, al manifestar sus opiniones, primero tratan de identificar las ideas dominantes para luego alinearse con la opinión mayoritaria o consensuada. La tendencia social que suele identificar la mayoría numérica como el mejor criterio conduce inevitablemente a interpretar equivocadamente el escenario geopolítico. El miedo al asilamiento es el motor que activa «la espiral del silencio», entendido como un fenómeno en el cual la opinión sobre ciertos temas, respaldadas por los medios de comunicación, se perciben como más fuertes o mayoritarios de lo que realmente son. Por el contrario, la opinión contraria o crítica tiende a inhibirse hasta quedar suprimida por la preeminencia de la primera.

Nos preguntamos cómo es posible no actuar ni responder ante una evidente infracción del orden o frente a una violación de los derechos humanos y ser permisivos con el infractor, a pesar de intuir que emplea una mentira para justificar su delito. A nivel personal e individual, ignorar juicios verdaderos o asumir las críticas fundamentadas esgrimidas obedece a lo que se denomina *disonancia cognitiva*. Este término consiste en la ansiedad o incomodidad que experimenta una persona cuando sus actitudes o creencias entran en conflicto con sus acciones y reconocerlo implica desligarse del entorno afectivo familiar o amical que refrenda dicha postura. Es decir, se trata de un factor esencialmente afectivo, no racional, que, como han señalado las neurociencias actuales, constituye un factor esencial para el conocimiento, incluso más que la propia información o su veracidad. Como reza el dicho: «el que calla otorga» y, por ende, la corrupción, la injusticia y el abuso proliferan en nuestra sociedad globalizada, manipulada por el control de los medios de comunicación.

En tal sentido, al no manifestar nuestro desacuerdo ni emitir juicios éticos que censuren conductas oportunistas y corruptas como colectividad institucional, entidad u organización nos convertimos en cómplices y agentes de los delitos por omisión impropia. Este concepto responsabiliza a una persona por la producción de un resultado debido al incumplimiento de un deber de actuar; mas aún, se le otorga la misma responsabilidad con la misma valoración que si lo hubiera causado activamente. En el ámbito de la educación superior, cuya tradición se fundamenta en la existencia de legados académicos, cuyos pensamientos conforman una escuela viva de convivencia democrática, diálogo y tolerancia a favor de un horizonte humano orientado hacia una mayor capacidad de desarrollo y convivencia pacífica, esta omisión implica olvidar y sepultar el esfuerzo de múltiples intelectuales y maestro que han forjado lo que encarna nuestra casa de estudios como entidad tutelar de la nación.

Recuerdo la pregunta formulada en el 2011 al inicio de un año académico: ¿Por qué si las palabras de nuestros maestros anteriores ya nos alertaban sobre el proceso de crisis que nos ha llevado a estar

ausentes en la definición de los procesos culturales en curso, los cuales han impuesto una atmósfera de sospecha y confrontación en nuestros patios y aulas, así como una devaluación de nuestra función y de nosotros mismos frente a los imperativos de la tecnología o la ciencia, no hemos escuchado sus voces, atendido sus advertencias y reaccionado como lo hacemos ante tantos otros gestos de humanidad o avasallamiento?

La única respuesta posible se encuentra en uno de los pensadores más influyentes del siglo XX, Erich Fromm (2003), quien sostiene: «Lo que hoy ocurre es una cosa fundamentalmente distinta: no se trata ya del mal frente al bien, sino de que hay una nueva inhumanidad: la indiferencia. Es la total enajenación de la vida, la total indiferencia frente a ella». Cualquier alternativa para el renacimiento del humanismo, para su refundación, debe partir de un compromiso con nuestra labor, en términos colectivos y solidarios, que permita superar y desterrar tanto la indiferencia como la anomia, junto con su sustento ideológico más nefasto: el individualismo egocéntrico. Muchos creen que haber leído una obra poco conocida, la última contribución de un destacado pensador occidental, o haber obtenido uno de los tantos premios que el mercado simbólico globalizado oferta permanentemente, los convierte de forma automática en el centro de un culto a su personalidad intelectual, que todos están obligados a cumplir.

¿Significa eso que aquel docente o estudiante que desconoce la bibliografía que maneja la lumbrera, que no ha obtenido ni una mención en algún concurso de letras o que simplemente carece de las virtudes intelectuales de un genio, no merece hablar, dialogar o existir? Estamos en esta actividad no para ser quiénes más saben o conocen, sino para convertirnos en mejores seres humanos, personal y colectivamente. Un humanista soberbio, arrogante y petulante que obtenga algún reconocimiento seguirá siendo, pese al premio, eso mismo.

El verdadero humanismo es el que se practica, no el que se predica. En la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, muchos nombres han destacado por su gran calidad humana, lo que les ha

permitido perdurar en el tiempo, puesto que todo pensamiento, por más lúcido que sea, terminará por caducar. La grandeza de nuestras letras y ciencias humanas radica en haber albergado a seres humanos extraordinarios, cuya generosidad, sencillez, dedicación y solidaridad superan incluso sus lúcidas contribuciones al conocimiento y a la cultura nacional. Luis Fernando Vidal, Francisco Carrillo Espejo, Antonio Cornejo Polar y Juan Abugattas, por citar solo algunos, son claros ejemplos de lo expresado.

El año 2023 ha sido un periodo problemático marcado por intensos conflictos bélicos, comerciales y geopolíticos, donde la corrupción y la impunidad se han desbordado, poniendo en serio peligro la continuidad de la vida en nuestro planeta. En el ámbito nacional y en particular en el seno de la Decana de América, el panorama no es distinto, sino incluso más grave, dado que somos una de las instituciones más emblemáticas del país. Trágicamente, nuestra comunidad académica permanece ajena al contexto nacional, absorta en actividades de promoción insulsas, difusiones intrascendentes y de cómplices de la cultura del espectáculo y el consumo alienado, mientras observa en silencio el saqueo de los recursos del Estado. La espiral del silencio anticipa un futuro universitario más oscuro, marcado por el luto y el dolor. Cerramos así esta reflexión crítica e invocamos al diálogo sobre todo con los jóvenes, que son la esperanza del Perú.

La diferencia fundamental entre el algoritmo de una inteligencia artificial y la capacidad de invención e innovación propia del talento creador, manifiesto en el arte y la literatura, radica en la libertad esencial del lenguaje como facultad cognitiva humana. Esta voluntad se opone a la visión determinista de la biogenética, que presupone que los genes determinan la vida de un organismo de manera similar a cómo un código permite interpretar un mensaje. Como advierte Franco Berardi (2016), los genes solo son una paleta sobre la cual el proceso de generación selecciona una posibilidad entre miles: «Un organismo viviente no debe ser entendido como el desarrollo predecible de la información contenida en su código». Hay que percibirlo como un poema o relato, en tanto negociación infinitamente compleja entre el

código verbal y el entorno sociocultural. La epigénesis inherente al arte radica en la tensión oscilante entre las posibilidades contenidas y el efecto conseguido a través del flujo de la información en contacto intersubjetivo, cuya dirección y forma cambia de concreción en diálogo siempre abierto por la experiencia estética.

El uso creativo de la cognición humana del lenguaje constituye una ventaja evolutiva que, en distintas etapas de la sociedad, se ha pretendido reducir a la simple transmisión de información sobre el entorno y la resolución de tareas problemáticas. Distintos regímenes de poder han tratado de domesticarlo y subordinarlo a los intereses de la dominación y el control. Sin embargo, la dimensión simbólica de la palabra, alimentada por la disidencia, la cooperación y la solidaridad, siempre implica un horizonte distinto y diferente de su mensaje explícito, instrumental y referencial. La capacidad de expandir el pensamiento a través de lo implícito, lo performativo y la imaginación dota a hombres y mujeres de conciencia crítica e innovación, generando una experiencia singular e irremplazable que les posibilita percibir y rebasar los límites, disfrutar de libertad y autonomía para descifrar los retos, misterios y enigmas del universo. Este es el secreto del arte y la literatura, que nos acompañan desde nuestros orígenes, otorgándonos el mágico poder de los dioses.

REFERENCIAS

- Arguedas, J. M. (1972). *Katatay y otros poemas*. Instituto Nacional de Cultura.
- Berardi, F. (2019). *La segunda venida: Neorreaccionarios, guerra civil global y el día después del Apocalipsis*. Caja Negra.
- Chomsky, N. (2023 [2016]). *Who rules the world?* (J. Guerrero, Trad.) New York Review; ePub.
- Costanzo, T. (20 de julio de 2023). En el rincón oculto del jardín [Publicación]. Facebook. <https://www.facebook.com/share/p/ank7eyPNC7iWxFAg/>

- Creeley, R. (2006). *The Collected Poems (1975-2005)*. University of California Press.
- Crevier, D. (1996). *Inteligencia artificial*. Acento.
- Ferreiro, E. (2013). *El ingreso a la escritura y a las culturas de lo escrito*. Siglo XXI.
- Freud, S. (2010 [1929]). *El malestar de la cultura*. Alianza Editorial.
- Fromm, E. (2003). *El humanismo como utopía real*. Paidós.
- Goldsmith, K. (2014 [2011]). *Escritura no-creativa*. Sur Ediciones.
- Iser, W. (1987). *El acto de leer*. Taurus.
- Lauchlin, R. B. (2010). *Crímenes de la razón: El fin de la mentalidad científica*. Katz.
- Lenin, V. I. (1960). *Obras escogidas* (t. I). Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Mandel, E. (1972). *El capitalismo tardío*. Era.
- Maris, B. (2022 [2010]). *Capitalismo y pulsión de muerte*. Herder.
- Marx, K. (1867). *El capital: Crítica de la economía política*. Amauta Revisa socio-política. http://amauta2.free.fr/teoria/marx_engels/el_capital_1/capitulo_13.htm
- Marx, K. (1978). Tesis sobre Feuerbach. En *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Progreso.
- Sadin, É. (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*. Caja Negra.
- Sadin, É. (2013). *La humanidad aumentada: La administración digital del mundo*. Caja Negra.
- Searle, J. (1995). *La construcción de la realidad social*. Paidós.
- Turing, A. (1950). Inteligencia y maquinaria computacional. *Mente*, LIX(236).
- Wajcman, G. (2001). *La obra de arte*. Amorrortu.